

Jon Sobrino

La Iglesia ante la crisis política actual. Recordando a Mons. Romero

RESUMEN

En la crisis actual, varios representantes de la Iglesia han expresado su opinión sobre la solución a la crisis y el modo como la Iglesia debe propiciarla. En este artículo se defiende la posición de que la Iglesia debe apoyar la solución que sea más racional y eficaz. Esto excluye una solución sustancialmente militar pues no parece viable ni sería deseable por su duración y sus espantosas consecuencias en muertes, destrucción y deshumanización del país. Como solución política, desechadas las elecciones por su difícil credibilidad y viabilidad, y por su ineffecticia, la Iglesia debe proponer una negociación mediada en que participen los dos bandos en contienda por ser poderes de hecho, sin los cuales no hay solución, y porque ambos pueden aportar conjuntamente al contenido básico de la negociación: los cambios de estructuras y las fórmulas para erradicar permanentemente la represión y la violencia. Como condiciones previas la Iglesia exige la apertura de los medios de comunicación y el cese de la represión y de la violencia indiscriminada.

Lo anteriormente dicho no es original ni específico de la Iglesia, aunque ésta lo debe propiciar por ser más racional que otras alternativas. Su tarea específica consiste en preparar pastoralmente un clima apto para la mediación y propiciar los valores y actitudes positivas que pueden surgir del proceso de mediación. Comunicando con vigor la urgencia de una solución y la necesidad de una decidida voluntad de solución, la Iglesia debe propiciar la racionalidad, llamar a todos a aunar esfuerzos, sembrar semillas de reconciliación, mantener serenamente la esperanza del pueblo sufriente, clamar y exigir la verdad que se ha convertido en el gran ausente del país, recordar a todos desde su parcialidad por los pobres y oprimidos que éstos deben ser el interés primario de cualquier solución.

Metodológicamente se recuerda a Mons. Romero, pues su pensamiento presenta todavía un marco teórico-teológico más útil que el pensamiento social de la Iglesia, por excesivamente abstracto, y necesario porque las declaraciones actuales sobre el conflicto y su solución con frecuencia carecen de dicho marco teórico-teológico. Además Mons. Romero no sólo produjo un pensamiento social de gran contenido cristiano y eclesial, sino que lo comunicó con gran calor humano y pathos evangélico, tan necesarios para que también hoy la Iglesia comunique la urgencia de solución y la decidida voluntad con que hay que trabajar por ella.

En la actual crisis salvadoreña y debido al impasse militar se presentan dos posibles soluciones políticas. La Junta de Gobierno ofrece elecciones y el FDR pide una mediación. No se excluye que ninguna de estas propuestas tenga éxito, ni que durante el proceso surjan otras propuestas políticas que acerquen o alejen aún más la solución. Tampoco se excluyen posibles golpes de Estado, intentos de militarizar absolutamente el conflicto, ni se excluye que tanto las elecciones como la mediación tengan un fuerte componente militar. La situación es pues sumamente oscura y compleja, sin que se vea por ahora un claro camino de solución para la tragedia actual.

A pesar de ello la Iglesia debe con toda urgencia y seriedad discernir lo que mejor parezca ser principio de solución y debe trabajar y poner todo su peso social para que en verdad de ese principio surja una solución. Antes de la ofensiva de enero la Iglesia a través de la CEDES se ofreció ella misma como mediadora en el conflicto, pero con poca seriedad y falta de realismo. El FDR y el FMLN rechazaron esa mediación por no darse condiciones objetivas y por la parcialidad de la CEDES hacia el gobierno, que claramente demostró en su Carta Pastoral Conjunta del 15 de septiembre de 1980.

Después de la ofensiva de enero y del subsecuente impasse militar la Iglesia ha vuelto a insistir en la necesidad de una salida pacífica y política, pero de diversa forma. Varios obispos y representantes significativos del clero han manifestado en palabras y en gestos públicos su apoyo al gobierno y, por eso, indirectamente al menos, a las elecciones que éste ofrece como solución. Mons. Rivera no se opone en principio a las elecciones, pero no las ve posibles sin un diálogo previo. A veces ha mencionado la negociación e incluso la negociación a través de mediadores como solución, apoyado en esto al parecer por la Nunciatura, el Vaticano y el mismo Papa Juan Pablo II. En conjunto Mons. Rivera defiende una solución pacífica, pues no ve la guerra como éticamente deseable ni tampoco como solución factible por el impasse militar. No ve en las elecciones una solución inmediata y se inclina porque los sectores políticos de los dos bandos, democracia cristiana y FDR, entren en algo que ha descrito vagamente como diálogo, negociación o mediación.

En este artículo quisiéramos defender la tesis de que la Iglesia debe propiciar una solución sustancialmente política, sin que lo militar sea preponderante en ella, pero que sea a su vez una solución racional y eficaz. En las actuales circunstancias la solución que mejor recoge estos requisitos es la mediación. Por ello queremos exponer la lógica cristiana que mueve a propiciar la mediación, el modo como la Iglesia debe propiciarla, sus condiciones y contenidos fundamentales, los valores que se pueden generar en el mismo proceso de propiciar la mediación y el aporte de la Iglesia para superar algunas de las dificultades de la mediación.

Pero antes de entrar en materia queremos hacer dos observaciones. La primera es sobre la misma utilidad de este trabajo. ¿Para qué hablar de mediación cuando la postura oficial parece ser categóricamente contraria y se puede verosímilmente colegir que la mediación no tendrá lugar, por lo menos a corto plazo? La respuesta a esta sería objeción es que la Iglesia al propiciar la mediación no debe ser ingenua, pero sí utópica en el sentido cristiano de este término.

Por ingenuidad entendemos en este contexto trabajar por algo para lo cual no hay condiciones objetivas de éxito, sin que además ese trabajo genere nada sustancialmente positivo para el proceso. Por actitud utópica entendemos trabajar por algo de difícil consecución pero que puede ser conseguido, al menos en parte, si se trabaja por ello, y un trabajo que en cualquier caso desenda valores positivos para hacer avanzar positivamente el proceso.

Esta diferencia entre ingenuidad y utopía pudiera parecer mero juego de palabras, pero para la Iglesia al menos no debiera serlo.

Por su propia especificidad la Iglesia debe insistir *a priori* en la proclamación de principios utópicos, aun sabiendo la dificultad de su realización. Utópico es insistir en los principios fundamentales que emanan de su fe y utópico es enunciar *oportune et importune* los signos de los tiempos. Sin embargo la Iglesia debe hacer ambas cosas y por ello debe propiciar la mediación como una solución que se presenta más congruente con la fe cristiana y aparece hoy como un signo de los tiempos.

Pero además la iglesia sabe *a posteriori* por conocimiento histórico que si los principios utópicos que enuncia son cristianamente correctos y que si se trabaja por hacerlos realidad, esos principios generan historia —por eso son princi-

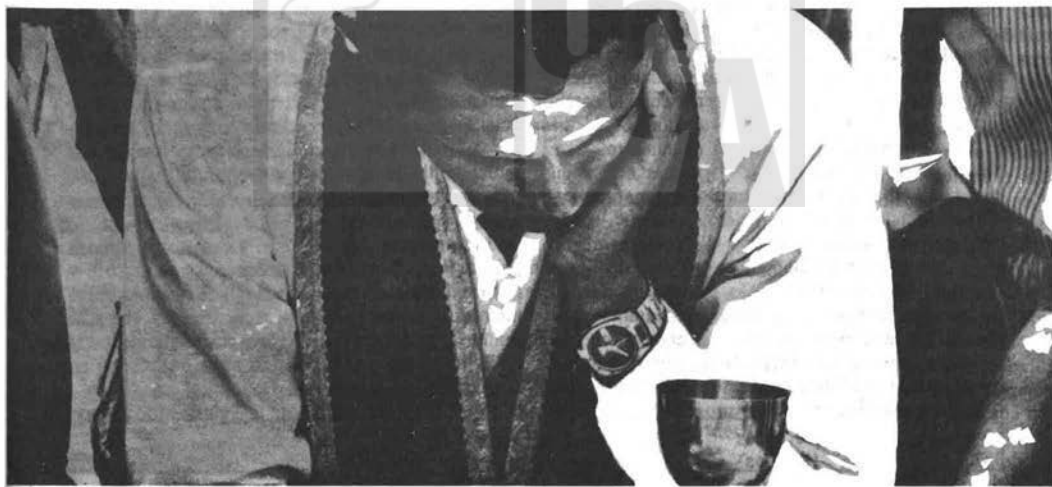
pios— aún cuando esa historia no se genera inmediatamente ni el ideal utópico sea alcanzable en su totalidad. Si el propiciar la mediación genera más y mejor historia, al menos más y mejor que otras soluciones propuestas, entonces la Iglesia debe trabajar por ella.

Incluso si la mediación no llegase a tener lugar o se frustrara prematuramente puede tener una función esclarecedora sobre quiénes buscan una solución para el país y quiénes no, sobre qué tipo de solución propugnan unos u otros. Por lo que toca a la misma Iglesia podrá siempre aducir que ha propiciado los medios racionales y eficaces de solución, aún cuando del fracaso de la mediación pasara a primer término la lucha armada. Por último queda siempre la posibilidad de que aunque la mediación fracasara de inmediato, fuese ésta en el futuro la solución para el país. Por todo ello creemos que propiciar y trabajar por la mediación no es pura ingenuidad para la Iglesia, aunque sí es utopía, mientras que propiciar las elecciones más parece ingenuidad que utopía.

La segunda observación es de carácter metodológico. Como indicamos en el título queremos recordar a Mons. Romero para esclarecer cristianamente el papel de la Iglesia. Esto puede parecer anacrónico o exagerado tributo hacia su persona, como si él fuera remedio a todos los males. Sin embargo, no es así. En primer lugar Mons. Romero también vivió en tiempos de impasse político especialmente en los últimos meses del Presidente Romero y en la crisis del 2 de enero de 1980. En segundo lugar Mons. Romero elaboró a

lo largo de tres años un cuerpo doctrinal desde el punto de vista eclesial sobre las causas de la crisis del país y sus principios de solución; y como su ministerio acaeció en medio de muchos cambios históricos y políticos nos mostró también cómo se deben historizar los principios de acuerdo al proceso. Por ello recordar los principios de Mons. Romero y su historización nos parece más útil que repetir el pensamiento social de la Iglesia, abstracto en exceso para ser aplicado a la concretísima situación actual. Y nos parece necesario porque en la actualidad los sectores eclesiales que apoyan soluciones para el país no aportan un suficiente marco teórico-teológico para mostrar lo racional y justo de lo que proponen.

Por último nos parece importante recordar a Mons. Romero por el *pathos* evangélico, eclesial y salvadoreño con el que comunicaba sus contenidos doctrinales y los hacía operativos. Para todos, incluso para los que le atacaron y le siguen atacando, quedó en claro su firmeza al protestar contra lo intolerable de la situación, las raíces de esa protesta en el dolor del pueblo con el que él se dolía, su parcialidad evangélica, su constancia en defender a las mayorías pobres y oprimidas, su valentía en la denuncia, su decisión a seguir trabajando siempre por una solución, aun cuando se cerrasen los caminos. Recordar ese *pathos* nos parece sumamente importante para que la Iglesia juzgue con lucidez sobre la solución y trabaje por ella. Ese *pathos* proporcionará luz y calor humano a la descripción de los problemas, a la búsqueda de soluciones y al trabajar por ellas.



1. Por qué la Iglesia debe propiciar la mediación.

En otros artículos de esta revista se fundamenta por qué la mediación es la solución más racional y eficaz para el país. Si además esta solución es tanto más ética que otras posibles, entonces la Iglesia debe defenderla como la mejor solución. No tratamos ahora de repetir lo que se dice en los otros artículos sino sólo de hacer algunas precisiones desde la propia conciencia eclesial.

1.1 Para la Iglesia una solución pura o preponderantemente militar no es por el momento posible ni deseable. Aunque la Iglesia no es experta en asuntos militares reconoce los dos datos básicos sobre la situación militar. Ni el FMLN consiguió derrotar al ejército regular en enero, ni éste ha podido, a pesar de los numerosos y poderosos operativos militares, derrotar al FMLN. Así lo ha reconocido Mons. Rivera, con lo cual ha prestado un servicio a la verdad, al negar la versión oficial de la victoria militar del ejército regular.

Pero además de no ser posible, una victoria puramente militar no es deseable para la Iglesia en las actuales circunstancias. Por principio una victoria militar no dice sin más qué bando posee mejores soluciones para el país, sino qué bando tiene más fuerza. Por principio también la Iglesia defiende que si el bando que tiene más fuerza tiene también más justicia, habiéndose agotado otros medios pacíficos, la solución militar puede ser solución. Así lo repitió Mons. Romero para la situación de Nicaragua y El Salvador, donde la mayor justicia estaba en el bando popular.

Pero en la actualidad, dado el impasse militar, el modo como se está desarrollando la guerra y el presumible largo tiempo que llevaría la victoria militar de uno de los bandos no hace deseable la solución militar. En las actuales condiciones una victoria militar no garantizaría ninguna solución.

La guerra se está llevando a cabo por parte del gobierno de acuerdo a los principios de la seguridad nacional. Si en tiempos de paz convencional de acuerdo a la seguridad nacional "todo el que no esté de acuerdo con el Estado es declarado como enemigo de la nación", como decía Mons. Romero, cuánto más se agravará la situación en tiempos de guerra declarada. Así la guerra no es concebida como guerra entre dos ejércitos, sino que se extiende a todo. Abundan los ataques a los líderes políticos de la oposición, a quienes sean vistos como simpatizantes; se ata-

ca a la población civil si con ello se consigue eliminar a algún guerrillero; se usa la tortura para intimidar; se legisla para favorecer la represión; se controlan los medios de comunicación para ocultar la verdad.

Ante este tipo de guerra el FMLN ha respondido con fuerza militar, pero también extendiendo la guerra a las fuentes de la economía, cometiendo asesinatos políticos y ajusticiando a delatores. Este tipo de guerra y su previsible duración tiene unas consecuencias que no la presentan como solución, aunque alguno de los bandos venciese. Veamos las más importantes.

Como se ha repetido, desde el 15 de octubre el número de muertos se eleva ya a los 20,000, muchísimos de ellos víctimas de la represión y no combatientes. Se está destruyendo la economía en el presente e hipotecando su futuro. Cientos de miles de salvadoreños viven en campos de refugiados en condiciones inhumanas o sujetos a continuos éxodos, perdiendo todo lo que tienen. Pero además de estas realidades espeluznantes, este tipo de guerra produce un proceso de deshumanización general que quizás le toque a la Iglesia señalarlo con más vigor. Se está introyectando en la conciencia colectiva del país la supremacía de la fuerza sobre la razón, está aumentando el odio y la venganza como categorías psico-sociales, más allá de la responsabilidad ética, está creciendo la visión maniquea de la realidad con alarmante pérdida de objetividad, el terror generalizado está produciendo hastio, miedo y desconfianza hacia el trabajo propiamente político y social, se está fomentando la actitud de sospechas mutuas y de delaciones, se está incrementando la desnaturalización de las diversas funciones del Estado, sobre todo en la administración de la justicia, con lo cual aumenta todavía más la desconfianza hacia el Estado, se están silenciando los medios de comunicación y tergiversando los hechos y su interpretación a través de las cadenas, con lo cual la verdad se hace el gran ausente del país.

Prolongar este tipo de guerra con estas consecuencias es intolerable para la Iglesia. Por ello no ve en lo militar una solución y exige otro tipo de solución que acorte este proceso de catástrofe y deshumanización y que incluso fuerce a que lo militar, si no ha de desaparecer de la noche a la mañana, se concrete en lo estrictamente militar y no se expanda a toda la vida nacional, como en la doctrina de la seguridad nacional.

1.2 En esta situación la Iglesia aboga por

una solución política o sustancialmente política, pero lo importante es ver cuál de ellas puede ser en verdad solución. Para ello hay que tener en cuenta al menos dos cosas. La primera es que, como lo han repetido Mons. Romero y Mons. Rivera, sin participación de la izquierda en el poder real no hay solución. La segunda es qué tipo de poder político real tienen los diversos grupos que propician soluciones políticas. Mons. Rivera ha reconocido que el FDR tiene verdadera voluntad de encontrar una solución política, respaldada por el FMLN. Por otra parte ha reconocido que la representación de la democracia cristiana en la Junta no tiene verdadero poder, sino que éste reside en los militares, entre los cuales unos abogarían por una solución política y algún tipo de pacto con la izquierda, mientras que otros rechazarían categóricamente ese pacto y buscarían una solución militar, al menos por lo que toca a exterminar a la izquierda.

Para una solución política eficaz se necesita por lo tanto que lo que hay de poder militar esté realmente al servicio de una solución política y que la izquierda participe en la solución. Según esto juzguemos las diversas soluciones políticas que se proponen.

Las elecciones no garantizan ninguna de esas dos condiciones. Teóricamente además no van encaminadas a la solución de los problemas descritos sino a la toma del poder por algún grupo; más que aglutinar esfuerzos para una solución los dividen. Las elecciones no fundan ni generan de por sí la democracia, sino que una vez establecida ésta pueden ser un mecanismo de llevarla a cabo.

En la situación concreta actual las elecciones no van a clarificar qué es lo que el pueblo quiere, pues esto es abundantemente claro: quiere el cese de la represión, la pacificación del país, la participación activa a través de sus organizaciones en la conducción política, la solución al desempleo, en una palabra —aunque el pueblo no use necesariamente estas palabras— los cambios verdaderamente radicales en las estructuras económicas, sociales y políticas. No se ve qué aportan las elecciones para esclarecer lo que el pueblo quiere ni para realizarlo.

La llamada a elecciones hoy es un modo de dilatar en qué consiste la solución y fácticamente de impedir la, propiciando la solución militar. Como se ha dicho:

“Proponer como solución política inmediata la convocatoria de elecciones se convierte así

en un pretexto para proseguir con una solución puramente militar, en la que el intervencionismo norteamericano juega la mayor parte en un abuso de poder, que debe ser rechazado por intolerable por los demócratas de todo el mundo... La promesa de elecciones es como un cheque en blanco para justificar democrática y políticamente el exterminio de la población opositora. Si se llevan a cabo pronto, no son sino una farsa; si tardan en realizarse, permiten seguir en lo que hasta ahora es práctica habitual genocida” (Un proceso de mediación para El Salvador, ECA, 387/388, 1981, p. 15).

Queda por último analizar la credibilidad de quienes llaman a elecciones, asunto éste de la credibilidad en que tanto insistió Mons. Romero para que el pueblo aceptase cualquier solución política. No hay que recordar que las elecciones en sí mismas gozan de nula credibilidad después de lo ocurrido en 1972 y 1977. La pregunta que queda por responder es si quienes hoy las propician son suficientemente creíbles para deshacer las más que fundadas sospechas. Quizas aquí la Iglesia tenga una palabra propia que decir, no por ánimo de aumentar las dificultades sino por esclarecer la situación, pues si algo fue típico de Mons. Romero fue exigir con hechos, no con palabras, la credibilidad de los gobiernos. Por poner sólo un importante caso, tanto en tiempo de Mons. Romero, como de Mons. Rivera, la Iglesia misma ha sido atrocemente perseguida. Ambos obispos han afirmado que los responsables son los grupos ultraderechistas y los cuerpos de seguridad. Ambos han exigido investigaciones y justicia. A ambos se les ha dado la misma respuesta: exhaustiva investigación de los hechos. Y hasta el momento no se ha esclarecido ningún caso, habiendo en muchos de ellos testigos oculares o indicios más que suficientes.

Por lo que toca al importante caso de la persecución, que lo aducimos como ejemplo porque la Iglesia lo conoce por dentro y no se le puede acusar de exagerada ni demagógica, la credibilidad del actual gobierno es nula. A las repetidas promesas no han acompañado los hechos. Si se esclareciese el caso de las religiosas norteamericanas asesinadas, como ahora se anuncia, esto haría aún menos creíble al gobierno, pues mostraría la capacidad que tiene de investigar si así lo desea, o —como en este caso— si se ve forzado por el gobierno de los Estados Unidos.

La conclusión es que este gobierno tiene

poquísima credibilidad en general; y aunque se pudiese aceptar la sinceridad de los demócratas cristianos al llamar a elecciones, no se puede aceptar sin más que esas intenciones sean eficaces, pues ellos no tienen el poder. Por todas esas razones las elecciones no se ven como solución política adecuada y ni siquiera son creíbles como principios de solución.

El actual gobierno ha ofrecido a veces el diálogo como solución y en alguna ocasión Mons. Rivera ha deseado el diálogo entre los líderes Duarte y Ungo. El mismo término 'diálogo' es ambiguo en su contenido, pero por contraposición a 'negociación' o 'mediación' parece indicar pláticas entre los líderes políticos. Entendido de esta forma el diálogo no parece ofrecer ninguna solución eficaz, además de la dificultad subjetiva de reunir a los líderes en estos términos. Por su misma naturaleza el diálogo consistiría en pláticas privadas previas a una propuesta de solución. Si en principio la Iglesia no se opondría a dichas pláticas, tampoco las puede apoyar sin más hasta que no se mencione al servicio de qué solución están esas pláticas. La Junta ofrece el diálogo como medio de llevar a cabo las elecciones, con lo cual el diálogo no tiene sentido. Y lo ofrece además desde el poder, como un acto de prudencia política o de condescendencia, pero sin el reconocimiento del poder real que representa el FDR. Por todo ello, la llamada al diálogo más parece ser una forma de dar largas al asunto, una maniobra política de la Junta para mostrar su buena voluntad, que manifestación de una decidida voluntad de buscar una solución. Por ello la Iglesia no lo puede propiciar como solución, porque no lo es; y debiera además desenmascararlo así.

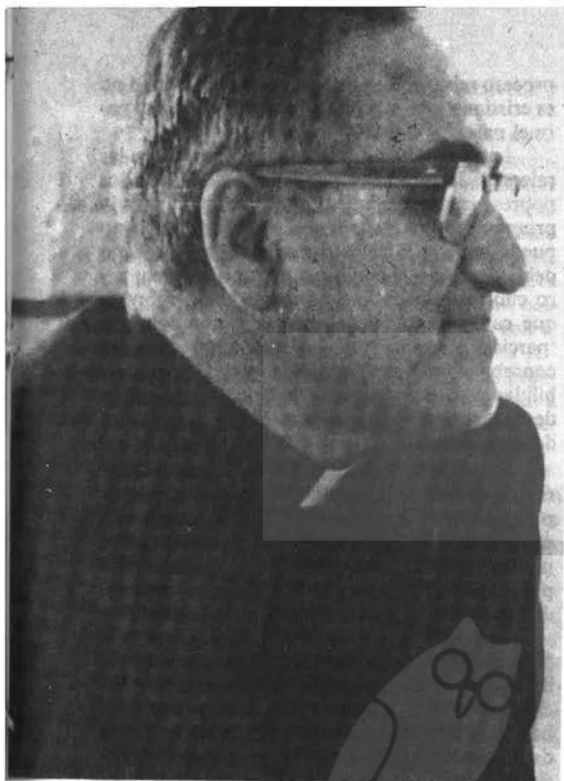
El FDR ha pedido la mediación como solución para el país, la cual lógicamente contiene dos elementos: la negociación entre ambas partes, y a través de mediadores. Analicemos ambas dimensiones por separado. La negociación consiste en un proceso de discusión entre ambas partes en el que tratan de llegar a un acuerdo en los puntos en litigio. En concreto, en la actual situación, la negociación supone el reconocimiento del poder, la capacidad y el derecho de ambas partes para poder aportar a una solución, supone la decisión a solventar las diferencias en beneficio del bien común y supone un modo de argumentación racional para llegar a un acuerdo. Como modelo de solución la Iglesia debiera propiciar la negociación por lo que tiene de racional, de aunar fuerzas, de voluntad de solución, de te-

ner en cuenta el bien común, y además porque es un mecanismo que, de ser aceptado, puede ser puesto en marcha con rapidez, acortando así la tragedia actual.

Precisamente para que la negociación se pueda llevar a cabo, el FDR insiste en que se haga a través de una mediación, es decir, de un grupo de personas o instituciones que puedan juntar a ambas partes, ayudar a que se imponga lo más razonable y proponer alternativas a los impasses en que puede caer la negociación. Por todo ello la Iglesia debe apoyar en principio la mediación. Si ésta se hace a través de personas o instituciones internacionales, como propone el FDR, la Iglesia debe atender a la credibilidad que le proporcionan, pero en principio deberá favorecer la mediación internacional como un modo mucho más racional y humano de que la comunidad internacional se interese por El Salvador que la actual intervención de varios países, sobre todo del descarado intervencionismo de los Estados Unidos.

Quizás por lo propia experiencia de solidaridad mundial, la Iglesia tiene confianza en que el interés mundial sea también beneficioso para el país y no injerencia espúrea, que en el fondo es lo que Mons. Rivera y sobre todo Mons. Romero exigió en su conocida carta al Presidente Carter.

Muchas instituciones y grupos, eclesiales y políticos, están pidiendo la mediación, muchas personas que militan hoy en la oposición, y de cuya calidad, patriotismo e incluso fe cristiana la Iglesia no puede dudar, la piden también sinceramente. Pero además en sí misma la mediación puede recoger, mejor que otros medios propuestos —lucha armada, elecciones, diálogo— lo que de positivo hay en todos ellos. La mediación puede recoger el diálogo entre las diversas fuerzas que sean antiligarquicas y rechacen la represión, puede incorporar a capas medias y empresarios progresistas, puede aglutinar a quienes todavía defienden entre los militares las mejores intenciones del 15 de octubre, puede ciertamente aglutinar a las organizaciones populares, democráticas y político-militares, que la han pedido, puede despertar la conciencia política de las masas. Puede crear también las condiciones reales para posteriores elecciones, cuando éstas puedan ser una solución real. Puede incorporar a la solución del país el interés internacional y transformar el indudable peso político de muchos países en ayuda positiva, búsqueda de soluciones justas y garantía de su cumplimiento.



Puede incluso introducir el componente militar de la crisis de forma mucho más racional que en una guerra abierta, usando lo militar precisamente para que la negociación mediada llegue a ser una realidad y sus contenidos sean justos.

Por todas estas razones la Iglesia debería propiciar la mediación. Aquí se la ha descrito de una manera ideal que quizás no se llegue a dar. Pero de esta descripción ideal, la Iglesia debería sacar la estructura fundamental de lo que hoy parece ser una solución urgente, racional y eficaz, y debería fomentar los elementos de esa estructura formal, aunque no se diese en su totalidad. Además al trabajar por este tipo de solución la Iglesia puede ir propiciando una serie de valores que, como veremos, son positivos para hacer avanzar el proceso aunque no se diese la mediación.

2. Cómo debe propiciar la Iglesia la mediación.

Nos referimos en este apartado al modo como la Iglesia debe propiciar la mediación, es decir, a la convicción, dedicación y *pathos* con que

debe trabajar por ella en presencia de las dificultades internas y externas. Ese modo de actuar debe provenir de sus raíces cristianas y será importante para que otras fuerzas sociales trabajen también por la mediación.

2.1 Lo primero que debe hacer la Iglesia es mostrar la **urgencia de solución** y la necesidad de una decidida **voluntad de solución**. Esta exigencia pudiera parecer evidente, pero no lo es tanto. Aunque todos en la Iglesia afirmen el deseo de una solución, esto puede hacerse de manera rutinaria, como quien ha pactado ya con la tragedia, a lo cual sólo se añaden lamentaciones o de manera ilusoria, repitiendo sólo principios generales cristianos que, sin historizarlos poco o nada aportan a la solución.

Lo primero que debe comunicar la Iglesia con el *pathos* de Mons. Romero es la absoluta intolerabilidad de la situación que hace de su solución una **tarea prioritaria para la Iglesia**, pues en ello está en juego el reino de Dios. Varias veces ha gritado la Iglesia un "basta ya", sobre todo después del asesinato de sus sacerdotes. Ahora lo debiera gritar con todas sus fuerzas y por fidelidad a su fe. Como Pablo debe recordar ahora que "el amor de Cristo nos urge", cuando el propio cuerpo de Cristo es cotidianamente crucificado. Si sobreviene la tentación del purismo y de la falta de neutralidad, la Iglesia debe recordar también a Pablo, cuando decía que quería ser anatema con tal de que hubiese salvación para sus hermanos. En cualquier caso no debe hacer como el sacerdote y el levita de la parábola, que dieron un rodeo ante el herido del camino, dejando que fuese un samaritano —hoy diríamos herejes o izquierdistas— el que salvase al herido. Debe repetir con Mons. Romero que "esto es el imperio del infierno", y que tanta injusticia, miseria y muerte "tocan el corazón de Dios".

Con esta convicción tiene que propiciar la Iglesia la mediación como posible principio de solución, explicarla y defenderla. Esto supone en primer lugar mostrar la convicción de que en la mediación hay muchas posibilidades de solución, y no actuar como siguiendo una consigna, incluso aunque proviniese del Vaticano, pues de lo que se trata es de mostrar los valores intrínsecos de la mediación. Supone también propiciarla no sólo ni principalmente porque excluye una solución armada, de tal modo que cualquier solución con tal de que no fuese armada ya sería buena, sino de nuevo por sus capacidades positivas de solución.

Más en concreto esta convicción supone un trabajo intraeclesial entre los sacerdotes, agentes de pastoral y pueblo cristiano en general. Existe en la Iglesia gran variedad de opiniones sobre la solución y en algunos casos simple apatía o distanciamiento. Si en situaciones normales el pluralismo en la Iglesia es saludable, en la actual situación límite se debiera hacer un intento por superarlo, unificando las fuerzas eclesiales en torno a lo que mejor parece para el país y consiguiendo así que la Iglesia pueda tener gran peso social al propiciar una solución.

Supone también que la Iglesia mantiene la mediación en presencia de las dificultades y ataques que por ello le sobrevendrán. Si la Iglesia de la Arquidiócesis mantiene la mediación es más que probable que se agudice la división dentro de la jerarquía, división que se ha procurado mantener cuidadosamente oculta, pero que de nuevo aflora entre obispos y sacerdotes significativos a propósito de la mediación o las elecciones. Es probable también que aumente el enfrentamiento con el actual gobierno, al menos con los militares de la línea más dura. Es probable que la Iglesia vuelva a ser atacada ideológicamente, pues al propiciar la mediación coincide más con el FDR que con la Junta, con lo cual la Iglesia será presentada como favorecedora de una solución de izquierda o incluso marxista, y será chantajeada con el repetido argumento de que apoyando la mediación está poniendo en juego a la larga el futuro y la libertad de la Iglesia misma.

Todas estas dificultades sólo podrán ser superadas si ante la intolerabilidad de la situación y la urgencia de solución la Iglesia está convencida de que en la mediación hay un principio de solución. Si así no fuere, mucho nos tememos que la Iglesia se desentienda de la actual crisis, volviendo a los principios genéricos, aunque adujese para ello el argumento recurrente, pero poco convincente, de su apoliticidad.

2.2 La propiciación de la mediación debe ser para la Iglesia el modo correcto de participar en el actual proceso y no una forma de mantenerse neutral ante él. Después de la muerte de Mons. Romero la Iglesia de la Arquidiócesis ha intentado seguir una línea de neutralidad. Puede ser que su jerarquía no haya encontrado motivos suficientes para defender más a un bando que a otro, y en ese sentido se haya declarado neutral. Pero aunque haya neutralidad con respecto a los dos bandos, no la puede haber con respecto al

proceso mismo. En este sentido la neutralidad no es cristiana, no es posible y no es beneficiosa para el país.

La neutralidad no es cristiana porque en las raíces de la fe está la parcialidad de Dios a los pobres, la defensa que Jesús hace de ellos y la promesa a ellos del reino de Dios. En esto no puede haber neutralidad posible. La Iglesia no debe identificarse con ningún grupo político, pero ello no implica que no tenga juicio sobre lo que cada grupo puede aportar a una solución 'parcial' a los pobres. La mediación debe ser concebida desde esa parcialidad y desde sus posibilidades para los pobres. No debe ser concebida desde una *tabula rasa*, como si, salga lo que salga de la mediación, la solución ya es buena.

Esta fue la actitud de Mons. Romero. El se mantuvo independiente de los diversos grupos políticos, pero esto no le llevó ni a permanecer neutral ni a no ver lo que los diversos grupos podían aportar para una solución para los pobres. Esto le llevó en su tiempo a favorecer indirectamente más a los propiciadores de un proyecto popular que a la oligarquía y a la actual fórmula de gobierno, con soberana libertad también para criticarlos a todos desde el mismo principio de su parcialidad a los pobres. También hoy la Iglesia debe hacer esto. Si en un ambiente de mediación quizás no es adecuado que la Iglesia se pronuncie más por un grupo que por otro, sí es necesario que analice los elementos positivos que cada uno de los grupos ofrece para una solución en beneficio de los pobres y los explicita.

Además por múltiples razones no es factible que la Iglesia pueda ser neutral y dar la imagen de neutralidad en el actual conflicto. Como se ha repetido abundantemente quien en situaciones de conflicto no toma ninguna postura está apoyando ya eficazmente el *status quo*.

En El Salvador, además, ya desde los tiempos de Mons. Chávez y ciertamente durante el ministerio de Mons. Romero el pueblo está acostumbrado a interpretar lo que hace y dice la Iglesia y lo que no hace y no dice desde un punto de vista político. No está pues en manos de la Iglesia dar la imagen de neutralidad. Si además defiende la mediación, esto es menos posible pues en ese caso coincide objetivamente con el FDR. Con todo ello queremos indicar que la Iglesia no debiera estar obsesionada con la imagen de neutralidad, pues además de no ser posible conseguirla, ello le llevaría a una paralización de su acción. Debiera cambiar esa obsesión por la de la parcialidad a

los pobres, lo cual es esperado y sería bienvenido por la mayoría del país.

Por último no creemos que sería buen servicio al pueblo salvadoreño que la Iglesia propiciase la mediación como un modo de mantenerse ella neutral y desentenderse del conflicto, delegando su solución a otros, es decir, sancionando la apolitividad. Por diversas razones buena parte de la población salvadoreña está hoy inactiva políticamente, desencantada y recelosa, sin ánimos de participar en el proceso político y con la sola expectativa de la resignación o de una milagrosa solución. Esta actitud, aunque comprensible, no es buena. La Iglesia no debiera ayudar a fomentarla sino a superarla, propiciando la mediación y esclareciéndola como su modo de aportar al proceso, animando a los demás a que busquen también el suyo propio.

Con estas reflexiones queremos decir que la Iglesia no debiera concebir la mediación como un modo sutil de desentenderse de la crisis ella misma, manteniendo así una neutralidad deseada y delegando en otros toda la carga de la solución. Propiciar la mediación es ya un modo real de romper la neutralidad, pero además la Iglesia debe propiciarla desde su compromiso a recordar siempre la parcialidad hacia los pobres como criterio de los objetivos y fines últimos de la mediación. Todo ello lo podrá hacer sin identificarse con ningún bando en contienda, y en ese sentido siendo 'neutral', pero lo tendrá que hacer desde su 'parcialidad' original.

2.3 La Iglesia debe propiciar la mediación como momento importante en un proceso que posibilite a corto o mediano plazo una verdadera solución para los pobres. Esto significa que la Iglesia debe propiciar el proceso como tal en lo que éste tenga de liberador, apoyando aquellos momentos importantes con más virtualidades liberadoras.

Para que un momento sea verdaderamente significativo la Iglesia no exige que ese momento sea solución total, pero exige que con él se consiga ya algo importante en la línea de la liberación y que ese algo pueda, por su propia realidad, hacer avanzar el proceso hacia una solución.

Lo primero significa que no debe caerse en la tentación del 'todo o nada', detrás de lo cual se puede esconder la concupiscencia del 'nosotros o ellos'. Este planteamiento maximalista es más típico de la izquierda, que Mons. Romero criticó en ocasiones. Pero por otra parte la Iglesia debe apoyar aquellos momentos que sean principio de

solución y no sólo una forma de salir de un impasse.

Todo ello significa que la Iglesia debe propiciar la mediación con clara conciencia de proceso histórico. Lo importante en definitiva es que ese proceso avance en la dirección de la liberación de los pobres. Por experiencia histórica acumulada y por su propia fe, la Iglesia sabe que en ese proceso se debe imponer la sobriedad ante expectativas maximalistas, aunque no fuese más que porque cree en un pecado que atraviesa todo proceso. Pero por otra parte debe mantener siempre presente el reino de Dios hacia el cual debe dirigirse el proceso.

Por ello también debe apoyar decididamente la mediación, pero contando con la posibilidad de que no triunfe, y por ello sin absolutizarla. Debe mantener la conciencia de Mons. Romero, quien apoyó siempre lo que en un momento determinado parecía ser mejor solución y por otra parte estuvo dispuesto a cambiar, a transitar caminos nuevos, cuando los viejos fracasaban, convencido siempre, como Abraham, que algún camino llevará a la solución.

3. Participantes, condiciones y contenidos de la mediación según la Iglesia.

La Iglesia no es experta en mediaciones ni tienen el conocimiento técnico adecuado para determinar quiénes deben ser los participantes ni cuáles las condiciones y contenidos. Pero sí puede ofrecer alguna luz sobre esos temas para superar dificultades y encuadrar la mediación en un contexto en el que pueda ser solución. No vamos a decir, pues, nada original en este apartado, pero la argumentación cristiana y eclesial puede ser útil para reforzar la racionalidad de lo que se pretende con la mediación. Seguiremos en esto el pensamiento de Mons. Romero, tal como lo expresó en una situación análoga durante el impasse político de los últimos meses del Presidente Romero, y tal como se desprende de su visión global de la crisis del país.

3.1 Mons. Rivera ha dicho que sin la izquierda no hay solución para el país. Mons. Romero puso como condición para cualquier diálogo fructífero la presencia de todas las fuerzas sociales y no sólo las que simpatizasen con el gobierno o fuesen elegidas por él para el diálogo (4ª CP, n.82a). Esto significa que deben participar en la mediación las dos fuerzas en conflicto, y lo deben hacer en igualdad de condiciones.

El actual gobierno se opone a esto, pues supondría un reconocimiento formal de la oposición e induciría a otros gobiernos e instituciones políticas internacionales a considerar al FDR al menos en los mismos términos de legitimidad que al actual gobierno. Por ello el gobierno se opone a la mediación.

En esta situación la Iglesia debe recordar la postura de Mons. Romero. En las situaciones gravísimas que le tocó vivir nunca aceptó como algo definitivo en la propuesta de soluciones el argumento de la legitimidad del gobierno o la pretensión formal de representatividad popular por parte de la oposición. Claramente lo dijo durante la presidencia del General Romero y explícitamente lo elaboró después del golpe del 15 de octubre. Afirmó la legitimidad del golpe por el pasado que negaba, pero no necesariamente del gobierno que de ahí surgió. Algo semejante afirmó de la oposición. Ciertamente que al final de su vida llamó a la izquierda "fuerzas del pueblo", pero no por el hecho de estar en la oposición. En ambos casos exigió hechos en beneficio del pueblo como fuente última de legitimidad o de representatividad.

En la actualidad, no por ánimo iconoclasta, sino para que la mediación pueda llegar a ser, la Iglesia debe recordar el juicio de Mons. Romero sobre la legitimidad formal y la legitimidad de los hechos. La mediación no puede estancarse discutiendo si la Junta o el FDR o ambos o ninguno de ellos representan legítimamente al pueblo. La Iglesia debe declarar que ambos son poderes de hecho y que, negociando, ambos pueden aportar algo positivo para el pueblo. Más en concreto debe desmitificar la legitimidad que aduce el gobierno para no aceptar la mediación.

Pero para poder hacer eso con verdad y credibilidad la misma Iglesia debe poner un signo de que no acepta sin más la legitimidad del actual gobierno. Últimamente muchos jerarcas, en palabras, hechos y gestos públicos, están dando la imagen de la buena armonía entre Iglesia y Gobierno, porque ambos son poderes legítimos. Al no poner los mismos gestos hacia la oposición, no se puede evitar la impresión de que gran parte de la jerarquía reconoce la legitimidad del gobierno y desconoce a la oposición. Es ésta una forma eficaz de dar la razón al gobierno para no aceptar la mediación.

Por ello la Iglesia debiera volver a Mons. Romero. Este dijo claramente que el lugar de la Iglesia, su dialogante natural, es el pueblo pobre.

Y ahí se podría encontrar la Iglesia con el Gobierno o también con la oposición. De esa forma muy eficazmente desmitificó Mons. Romero el argumento de la legitimidad formal del gobierno. Si la Iglesia vuelve hoy a encontrar su lugar natural, su dialogante natural, en el pueblo pobre, estará cooperando activamente a desmitificar el argumento de legitimidad, y con ello estará trabajando por superar una seria dificultad para la mediación.

3.2 Cuando Mons. Romero trató de propiciar lo que en su tiempo se llamó diálogo, exigió un ambiente previo de posibilidad de manifestar las diversas opiniones, es decir, de posibilitar la palabra racional. Por ello deseó que los medios de comunicación social estuvieran al servicio de las diversas opiniones. Y para comenzar con el ejemplo repitió "el ofrecimiento de poner al servicio de las opiniones constructivas nuestros modestos medios de información" (ibid., n.83).

También la Iglesia debe exigir esto hoy, tanto porque el control de los medios de comunicación es en sí mismo intolerable en la actualidad, como específicamente para poder ambientar la misma necesidad de mediación, los diversos objetivos que se proponen y para poder recibir de la población respaldo a los mejores objetivos. Y como Mons. Romero debiera ofrecer sus propios medios a ese servicio, hasta el día de hoy silenciados. La exigencia de la posibilidad de la palabra de información y de discusión es una medida previa sin la cual la mediación no tendría ninguna posibilidad y ningún sentido.

3.3 Mons. Romero exigió como condición el cese inmediato a toda violencia, sobre todo la propiciada por el gobierno, el cese de los asesinatos políticos, el esclarecimiento de la situación de los presos políticos y desaparecidos, la posibilidad de regreso al país de líderes políticos, sociales y religiosos (cfr. ibid., n.82b). Esta condición es hoy todavía más urgente por el espantoso volumen de la represión y la violencia, y debe ser exigida como condición para la mediación, añadiendo además la abolición de aquellos decretos que propician la represión: Estado de Sitio, Ley Marcial y Toque de Queda, Decreto 507. Sobre el cese de la represión, como decía Mons. Romero, no hay nada que discutir.

Con esta condición no se toca todavía la verdadera causa de la represión y violencia en todas sus formas, pero se conseguiría algo fundamental y sumamente beneficioso ya para el país: el cese de la violación de los derechos humanos en su

forma más macabra. Por ser un inmenso bien esta condición haría creíble al pueblo la misma mediación y muy probablemente el pueblo la apoyaría como principio de solución, por esos resultados previos beneficiosos. Con esta condición se lograría una clara ruptura con el pasado, al cesar las tradicionales prácticas represivas bajo la responsabilidad del gobierno. Esto lo exigió Mons. Romero repetidas veces como signo mínimo pero fundamental para que el gobierno tuviera credibilidad. También el FDR recuperaría la credibilidad, que ha perdido en determinados sectores de la población por excesiva destrucción y violencia y por asesinatos políticos.

La Iglesia además debe pedir esta condición por una razón de fondo. Los diversos grupos políticos suelen tener un criterio eficaz sobre lo que no se puede transigir y con lo que no se puede pactar. Esos criterios suelen estar formulados negativamente, pero no son por ello menos eficaces a la hora de formular proyectos positivos. Para unos el criterio último será no poner en peligro la propiedad privada, para otros no poner en peligro la institución armada, para otros no aceptar de ningún modo a la izquierda radical, para los Estados Unidos ciertamente serán sus 'intereses vitales'. El gran servicio de la Iglesia es proponer otro tipo de criterio negativo: no se puede tolerar la violación de los derechos humanos más fundamentales y sobre todo el derecho a la vida y a la integridad física. Aquí está el límite último de lo tolerable, ante el cual todos los otros criterios tienen que ser relativizados y no a la inversa. No se puede tolerar, por poner un ejemplo actual, una 'represión moderada' si es eficaz para que la izquierda no llegue al poder, como ha dicho la representante de los Estados Unidos ante la ONU.

Mons. Romero hizo de ese principio negativo algo último. La violación de los derechos humanos más fundamentales tocan el corazón mismo de Dios. Con esa conciencia cristiana, como defensora en nombre de Dios de la vida humana, debe exigir la Iglesia el cese de la represión y de la violencia indiscriminada como condición para la mediación.

3.4 El contenido fundamental de la mediación debe versar sobre lo que es el principio de verdadera solución para la crisis del país. Casi todos están de acuerdo que la raíz de la crisis es la injusticia estructural y de ahí que la solución esté en su superación. Así lo repitió Mons. Romero, y así lo dijo en los tiempos del Presidente Romero.

Para la solución se necesita "la revisión y cambio de las estructuras", para garantizar permanentemente "un mejor nivel de vida para todos los salvadoreños" (ibid., n.82c). Y de este cambio surgirá también la verdadera pacificación, pues "para eliminar la represión hay que atacar las raíces de que se nutre la violencia del sistema social y provoca las tentaciones de las otras violencias" (ibid.).

No le toca a la Iglesia analizar más en detalle en qué debe consistir el cambio de estructuras. Pero si nos parece importante recordar la doctrina de Mons. Romero sobre la violencia por la luz que puede dar a los contenidos de la mediación. Mons. Romero distinguió cinco tipos de violencia: (a) la violencia institucionalizada, que son los mismos frutos trágicos de la injusticia estructural; (b) la violencia arbitraria del Estado o represiva, llevada a cabo por los cuerpos de seguridad del Estado contra cualquier disidencia hacia la injusticia estructural; (c) la violencia de la extrema derecha, sospechosa de connivencia con los cuerpos de seguridad, que trata de mantener el orden social injusto; (d) la violencia terrorista, injusta por causar víctimas inocentes o por ser desproporcionada; (e) la violencia de la insurrección, que puede llegar a ser legítima con las tradicionales condiciones (cfr. ibid., nn.70-74).

Esta breve descripción y valoración de los diversos tipos de violencia esclarece en primer lugar el origen real del fenómeno de la violencia en el país. El origen último está en la violencia institucionalizada y su origen inmediato está en la violencia arbitraria del Estado y de la extrema derecha. Las otras dos violencias, aunque una pueda estar justificada y la otra no, son violencias de respuesta. Esto quiere decir que el actual movimiento revolucionario no es la causa última de la violencia, sino respuesta a la violencia represiva y de derechas, e intentos de erradicación de la violencia institucionalizada. Una vez que se da la guerra, es evidente que también el movimiento revolucionario es corresponsable fáctico de la escalada de violencia, y que sus acciones pueden caer y caer en la violencia terrorista. Pero de este somero análisis se desprende que el origen de la violencia no está en la revolución, y que desde un punto de vista ético global peor es la violencia originante que la de respuesta.

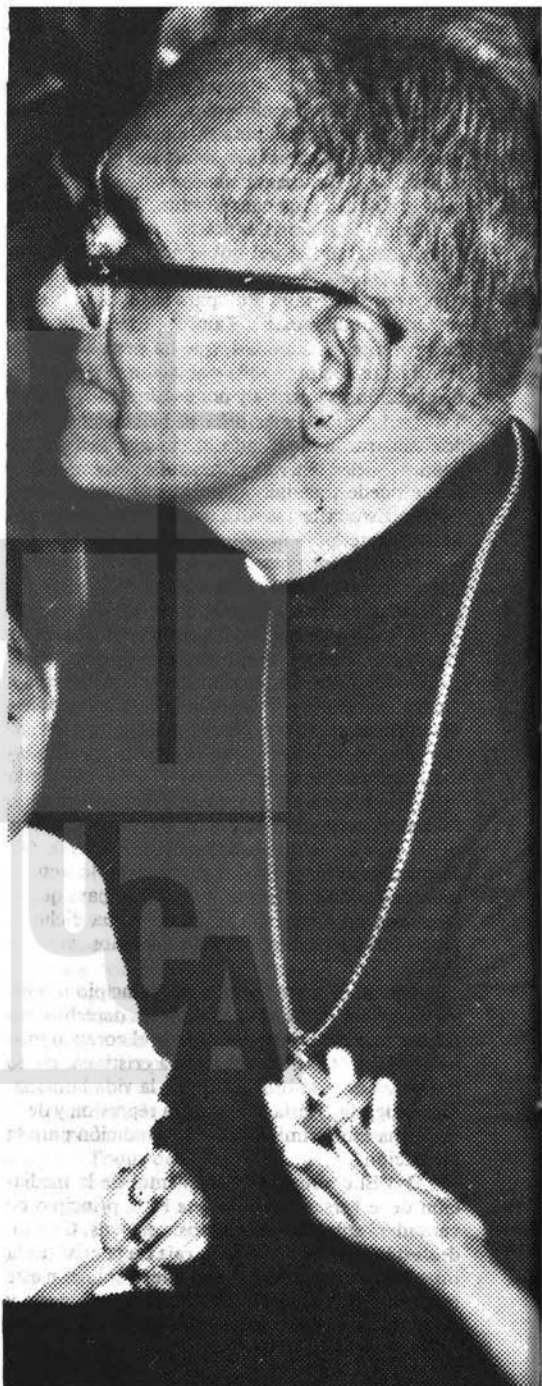
Pero este análisis es importante sobre todo para que en la mediación se arbitren fórmulas efectivas de poner fin a la violencia. La violencia

institucionalizada sólo desaparecerá por definición con el cambio radical de estructuras. La violencia represiva y de derechas pueden seguir sobreviviendo, aunque se intentase el cambio radical de estructuras, porque ese cambio dura largo tiempo y porque desgraciadamente psico-socialmente se ha introyectado en esos grupos la represión. Por ello hay que arbitrar alguna fórmula para detener de inmediato esos dos tipos de violencia. La violencia de insurrección seguirá siendo una posibilidad legítima, si no se solucionan las tres anteriores, pero podrá desaparecer si de la mediación surge la voluntad decidida de superarla. La violencia terrorista de izquierda deberá ser controlada también por la izquierda, en cualquier caso por razones éticas y en el ambiente de mediación también por razones políticas.

3.5 Mons. Romero puso también como tema importante de lo que en su tiempo fue diálogo nacional "la libertad de organización" (ibid., n.82d). Para él esa libertad era un derecho que se debía conceder al pueblo, pero más de fondo luchaba por ese derecho porque creía que el pueblo organizado era fuente de grandes e insustituibles valores para el país. Mons. Romero vio que el pueblo organizado ha sido quien ha desmascarado lo aberrante de la situación por lo que ha dicho y hecho y, sobre todo, por lo que en sí mismo ha sufrido de represión; quien ha exigido objetivamente las reformas y cambios radicales, tanto porque ha mostrado lo justos y urgentes que son, como porque ha mostrado que sin esos cambios no habrá ya estabilidad política en el país.

Mons. Romero no idealizó al pueblo organizado, reconoció su sectarismo, sus errores e injusticias, rechazó su exagerada pretensión de representar a todo el pueblo. Pero con todo ello Mons. Romero estaba convencido que sin tomar en serio a ese pueblo no puede haber solución justa y duradera en el país.

Esto es importante tenerlo en cuenta en la mediación. En ésta evidentemente se debe tratar de compaginar muy diversos intereses y atender al bien general del país. Pero no se puede olvidar lo que el pueblo organizado ha ido pidiendo como sus demandas más sentidas, económicas, sociales y políticas, por las que ha arriesgado mucho. La mediación las debe tener en cuenta, no en sus formulaciones más maximalistas, pero sí en su núcleo central, pues son sustancialmente justas y sin satisfacerlas no habrá solución para el país a la larga.



4. El aporte específico de la Iglesia a propósito de la mediación.

Por todo lo anteriormente dicho parece claro que la Iglesia debe propiciar la mediación según el espíritu de Mons. Romero; debe propiciarla públicamente creando conciencia colectiva de su necesidad; debe propiciarla al interior de la misma Iglesia; e incluso pudiera ayudar a poner en marcha los pasos previos de la mediación.

Pero además de este servicio a la mediación, la Iglesia debe servir al país a propósito de la mediación. Como hemos dicho antes, la mediación puede generar un proceso con valores positivos, en presencia también de dificultades. Creemos que es específico de la Iglesia fomentar esos valores y ayudar a superar las dificultades. Eso le compete a la Iglesia por su talante utópico y es un servicio pastoral que debe al país en esta circunstancias concretas.

4.1 La Iglesia debe hacer un llamado a la racionalidad y a la búsqueda de una solución razonable. Los diversos grupos en conflicto tienen sus propios intereses y su propia fuerza para defenderlos; pero ni el interés ni la fuerza son criterios de que la solución buscada sea la adecuada. Lo que idealmente debe imponerse es la fuerza de la razón y no la razón de la fuerza.

Desde este principio utópico debe la Iglesia propiciar la mediación. Esta se realiza a través de la palabra, la cual es o puede ser expresión de racionalidad, es o puede ser el modo de enriquecer la racionalidad de la propia palabra con la racionalidad de otras palabras; puede forzar a esclarecer, modificar y purificar la propia racionalidad en presencia de otros cuestionamientos. La mediación puede convertirse en un foro de racionalidad y en un modo de introyectar en la conciencia colectiva la necesidad de racionalidad.

Apelando a esta racionalidad la Iglesia debe ayudar a romper el círculo vicioso de la argumentación subjetiva *ad hominem*. Una de las dificultades para la mediación es la afirmación triunfalista de parte del gobierno que el FDR, que no aceptó el diálogo con anterioridad, quiere ahora ganar a través de la mediación lo que no ganó en el campo de batalla. Sea cual fuere la objetividad de estas afirmaciones, la Iglesia debe apelar a superar ese enfoque subjetivo y, real o supuestamente, triunfalista y a que se imponga una solución racional. Esta debe tener como criterio lo que es mejor para el país y no lo que más satisfi-

ce y gratifica a los diversos grupos. Por decirlo gráficamente la Iglesia debe recordar que lo importante no es 'quién' gana sino 'qué' se gana para el pueblo. Debe recordar que lo importante es la 'solución' y no necesariamente la 'victoria'. Debe recordar y fomentar el principio utópico de que la solución racional objetiva tiene absoluta propiedad sobre la gratificación subjetiva.

En el actual contexto es también importante recordar que la fuerza militar, aunque pueda ser necesaria y legítima, no es por sí misma fuente de racionalidad. Para que su uso sea razonable debe estar al servicio de algo racional, que no proviene de ella misma. A este respecto es importante recordar el pensamiento de Mons. Romero. Este no excluyó la posibilidad de un conflicto armado, y a él aludió frecuentemente, sobre todo después del fracaso del Foro Nacional y de la nueva fórmula política después del 15 de octubre, viéndolo casi como inevitable. Sin embargo, aunque según él la solución al conflicto pudiera tener un fuerte componente militar, éste no podía ser el único. Y ello no sólo por la tradicional doctrina católica de que la lucha armada es legítima sólo después de que se hayan agotado otros medios, sino porque incluso durante una solución militar habría que usar paralelamente de otros medios. Esto no lo dijo Mons. Romero explícitamente, pues no tuvo ocasión histórica para ello, pero dejó un claro principio al respecto. No se puede endiosar "la violencia como fuente única de justicia para el país", "no podemos poner toda nuestra confianza en métodos violentos" (3ª CP, subrayados nuestros).

Lo más racional en un conflicto es que se llegue a una solución y ésta puede requerir, como fue el caso de Nicaragua, una insurrección armada. Pero Mons. Romero deseaba y esperaba que en El Salvador los logros de una revolución "los podamos reconquistar por los medios racionales" (22.7.1979).

A propósito de la mediación, pues, la Iglesia debe esclarecer la necesidad de racionalidad, debe fomentar ésta en presencia de intereses subjetivos y de la fuerza bruta. Incluso debe recalcar la imperiosa necesidad de que la fuerza militar fáctica de ambos bandos se ponga al servicio de la racionalidad y no a la inversa. Todo ello es ciertamente utópico, pero es un necesario servicio de la Iglesia al país, es necesario para fomentar un clima que propicie soluciones al actual conflicto y garantice su duración en el futuro.

4.2 La Iglesia debe hacer un llamado a

anar esfuerzos en beneficio del pueblo. Esto es lo que formalmente debe conseguir la mediación. Esto es lo que Mons. Romero repetía en tiempos de graves crisis. "Nadie tiene la clave, y por eso estamos sufriendo, pero entre todos la podemos encontrar" (4.11.1979). Hay que "unir las fuerzas para salvar a nuestro pueblo" (6.1.1980).

Este llamado es sumamente racional, pero también utópico porque supone la desabsolutización del protagonismo de los diversos grupos y la desabsolutización de medios y estrategias. En lenguaje cristiano a esto se le llama conversión.

Mons. Romero insistió abundantemente en el primer punto. Denunció la absolutización de las organizaciones populares en su conjunto y de cada una de ellas en particular; y con mayor dureza fustigó la absolutización que la oligarquía había hecho de la riqueza y de la propiedad privada y la absolutización que muchos militares habían hecho de la seguridad nacional y de la institución armada. En la actualidad la Iglesia debe seguir insistiendo en ello. Parece que la gran coalición de la oposición ha desabsolutizado la supremacía de lo militar dando real importancia al elemento político, y al pedir la mediación ha reconocido de hecho que la solución del país no depende sólo de ellos. Algo semejante hay que exigir de la otra parte. En cualquier caso la Iglesia debe seguir insistiendo en el principio utópico de la desabsolutización.

El segundo punto es sumamente importante en la actualidad. La mediación puede suponer para muchos interrumpir, variar o modificar el proceso y sus estrategias. Esto supone el reconocimiento implícito o explícito de pasados errores y fracasos, al menos objetivos. En esta situación pudiera prevalecer un voluntarismo lineal que se ciega a la realidad, y no admite los cambios ni quiere introducir cambios en el proceso. Aquí debe la Iglesia recordar el principio utópico de la disponibilidad al cambio, aunque éste suponga un cambio bastante radical en contra de convicciones previas. Así lo dijo Mons. Romero en el contexto preciso de cómo adaptarse a una nueva situación política:

"Seamos ágiles en replantear nuestros análisis y cuadros cuando no corresponden ya a la realidad: La historia no se enmarca en sistemas rígidos. La historia es vida y quien se mete a manipular esa vida de la historia en política, tiene que ser un hombre no cerrado a sus cuadros, sino abierto para comprender en esos cuadros la agilidad de la historia" (4.11.1979).

Parece que el FDR y el FMLN han aceptado la necesidad de replantearse la estrategia, no así la Junta. La Iglesia en cualquier caso debe insistir en la disponibilidad del cambio para bien del proceso.

La mediación puede ser para la Iglesia la ocasión de recordar la necesidad de conversión y el aceptar la mediación es ya una forma eficaz de aceptar condiciones materiales para la conversión. En lenguaje cristiano la Iglesia debe motivar la conversión a partir de lo absoluto de Dios, que desabsolutiza cualquier otra realidad, y a partir del ser mayor de Dios, que relativiza los procesos humanos. En lenguaje histórico la Iglesia debe insistir en que lo absolutamente necesario es "salvar ante todo el proceso de liberación de nuestro pueblo" (6.1.1980), como lo dijo Mons. Romero, ante lo cual el bien de la propia organización se hace relativo, y la absolutización de la propiedad, de la institución armada o del propio partido se hace escandaloso.

Esta desabsolutización de los diversos grupos y de las diversas estrategias no significa relativizar por igual a todos ellos, sino jerarquizar sus diversos aportes en el momento presente. El criterio de jerarquización es el bien del pueblo, pero en el sentido preciso al que aludía Mons. Romero cuando decía que "el pueblo ha emprendido un proceso que ya le ha costado mucha sangre" (6.1.1979). En servicio del bien de ese pueblo debe seguir la Iglesia proclamando el principio utópico de anar fuerzas y de la necesaria conversión para que esto se logre.

4.3 La Iglesia debe hacer un llamado a la reconciliación. Esto es ciertamente utópico. Los grupos que pueden estar presentes en la mediación se han llamado adversarios y enemigos irreconciliables, y a veces con bases objetivas. Pero peor aún, la larga represión, las crueles torturas, las masacres, los desaparecimientos por parte de los cuerpos de seguridad del Estado, y la respuesta armada a las provocaciones armadas y los ajusticiamientos de la izquierda han creado un clima psico-social de división, odio y deseos de destrucción mutua.

Además, debido a todo esto, se está creando en la conciencia colectiva una actitud maniqueísta que juzga con criterio previo, se está haciendo norma la calumnia sistemática del adversario por el mero hecho de serlo. Esta tendencia al maniqueísmo hace todavía más difícil la reconciliación, que tiene bases objetivas de dificultad.

En esta situación la Iglesia debe llamar a la

medida en los juicios. Es ciertamente intolerable que se describa a la izquierda indiscriminadamente como simples terroristas, subversivos, delincuentes y traidores a la patria. Tampoco se puede aceptar que la izquierda describa indiscriminadamente como criminales a todos aquellos que participen de alguna forma en el gobierno. Lo ocurrido después del 15 de octubre ha hecho cambiar a la izquierda en este punto, pero se necesita todavía mayor objetividad al describir al adversario. Ante esta tendencia maniquea, más ejercitada por el gobierno que por la oposición, la Iglesia debe llamar a la objetividad en los juicios.

A la población en general debe motivarla desde las más profundas raíces de su fe a la reconciliación o, al menos, insistir pastoralmente en la tendencia hacia la reconciliación. Esto es sin duda muy difícil pastoralmente. Por una parte la Iglesia no puede ignorar, sino que tiene que seguir denunciando, los horrores y abominaciones que ha sufrido y sufre la población. No puede la Iglesia dar la impresión de que ante hechos tan horribles la actitud más cristiana sería 'borrón y cuenta nueva'. Esto no sería reconciliación sino una burla al inmenso dolor del pueblo. Por otra parte tampoco puede pactar con la absoluta polarización y la espiral de odio y venganza.

En este punto sobre todo, la llamada a la reconciliación es un deber de la Iglesia, pero que le exige a ella un mínimo de credibilidad para que su palabra sobre reconciliación pueda siquiera ser escuchada. Sólo con la actitud de Mons. Romero, con el prestigio y credibilidad de su persona, puede la Iglesia hoy trabajar eficazmente por la reconciliación. Tampoco Mons. Romero fue ingenuo en este punto, pero ejerció el ministerio de la reconciliación, no porque pasó por alto el dolor del pueblo, sino porque lo llevaba en su corazón. Una semana antes de su asesinato dedicó su homilía a la reconciliación y terminó con estas palabras utópicas: "Hay perspectivas, aun humanas, de soluciones racionales. Y, sobre todo, por encima de todo, está la palabra de Dios que nos ha gritado hoy: ¡Reconciliación!" (16.3.1980).

La Iglesia debe trabajar hoy por la reconciliación y debe ver en la mediación no sólo un medio de solución eficaz a la crisis, sino un medio más adecuado que otros para sembrar al menos las semillas de la reconciliación.

4.4 La Iglesia debe hacer un llamado a la esperanza. Es posible que la misma noción de mediación genere desencanto en las bases del FDR y en los combatientes del FMLN, cuya moral ha sido mantenida, en medio de costosísimos sacrificios, por la esperanza de una victoria total, según





el modelo nicaragüense. Puede generar también, como reacción, euforia dogmática en otros que se sientan los representantes puros de la revolución, dispuestos a todo antes que a pactar. Y en diverso grado, la misma reacción puede presentarse en otros estratos de la población.

En esta situación la Iglesia debe seguir predicando el principio utópico de la esperanza, que no es ni euforia dogmática ni resignación desencantada. Debe fomentar la esperanza desde las raíces de su fe, desde la voluntad salvífica de Dios hacia los pobres, y decir como Mons. Romero "sí hay salida" (18.2.1979), "sobre estas ruinas brillará la gloria del Señor" (7.1.1979).

Pero debe hacerlo además de forma historizada, mostrando las posibilidades de solución que la mediación puede traer para el pueblo, que aunque no llenen expectativas maximalistas, puede ser un paso positivo en el proceso de liberación y puede ayudar a poner fin a la represión y a la espiral de violencia.

Debe decir además al pueblo que ellos son los artífices principales de lo positivo que se consiga en la mediación, con su sacrificio, su lucha y sangre derramada, y que su lucha, su entrega y su heroísmo no han sido en vano. Debe por lo tanto trabajar por convertir la mediación en principio de esperanza y no de desencanto o resignación.

4.5 La Iglesia por último debe hacer un **llamado a la verdad** en un país en que es el gran ausente. Uno de los valores positivos de la mediación, como forma de negociación, es precisamente poner un mecanismo imparcial que pueda hacer posible esclarecer la verdad de los hechos, de sus interpretaciones, y de las intenciones verdaderas de ambos bandos. Aunque utópicamente, la Iglesia debiera recalcar la importancia de la mediación para dejarse juzgar por la verdad, para recordar que sin verdad tampoco habrá verdadera justicia y que a la larga la verdad es eficaz para que haya justicia.

Esto debe repetirlo la Iglesia en una situación en que no sólo no existe la verdad, sino que ésta ha dejado de ser un valor en la vida política y ciudadana. Como en su tiempo dijo Mons. Romero "estamos en un mundo de mentiras donde nadie cree ya en nada" (18.3.1979). Lo que ahora priva no es sólo la ignorancia y desinformación, sino la mentira y la depravación de la verdad. No hay modo de saber con verdad lo que ocurre en el país, no hay modo de verificar las diversas interpretaciones que se dan a los hechos, no hay credibilidad para los comunicados oficiales. Los medios de comunicación están controlados y encadenados. Las radios ni siquiera pueden transmitir noticias, los medios de co-

municación que pronunciaban una palabra opositora han sido prácticamente silenciados. La verdad ha perdido su dimensión de ser expresión de lo que honradamente se piensa y con ello su dimensión de poder relacionar a los hombres socialmente. De esta situación es mucho más responsable el aparato estatal que la izquierda, aunque ésta haya también mentido y exagerado, más en el pasado que en la actualidad en que se nota un esfuerzo de veracidad en sus declaraciones.

En esta situación la Iglesia debe trabajar seriamente para fomentar el clima de verdad, recordar a todos que la desinformación, la tergiversación y la mentira deshumanizan a quienes las pronuncian y crean un clima social deshumanizador, que a la larga la verdad es más eficaz que la mentira para conseguir la verdadera justicia, lo cual quiere decir que es en verdad justicia y por estar basada en la verdad. La Iglesia debe exigir con urgencia la posibilidad de que la verdad se expresa socialmente a través de los medios de comunicación, y que éstos estén abiertos a todos, también a la izquierda. Que puedan ellos también explicar su verdad y que el pueblo la juzgue.

Para ello la Iglesia debe comenzar con el ejemplo, diciendo como la hacía indefectiblemente Mons. Romero la verdad de los hechos más notables e intentado dar su interpretación más verdadera, no tolerando que las realidades más importantes en y para el país, como son las masacres, los enfrentamientos armados, los numerosos desaparecimientos, las torturas, y, por otra parte, lo que internacionalmente se hace con respecto a El Salvador, guarden silencio.

La Iglesia podrá decir que no es experta en política, pero debiera ser experta en decir la verdad, en exigirla a todos, en exigir que para todos sea posible expresarla. Esto le puede costar algún riesgo, pero por la verdad la Iglesia debe arriesgar.

De esta forma la Iglesia irá propiciando un gran bien social: que el pueblo vuelva a valorar la verdad y exigirla, y que no se vaya acostumbrando poco a poco a vivir sin la verdad, juzgando por prejuicios, o, peor aún, dando por perdida la batalla de saber la verdad y de juzgar según ella. Este fue uno de los mayores servicios de Mons. Romero: haber educado al pueblo en la verdad. Esto debe seguir propiciando utópicamente la Iglesia, esperando que la mediación produzca un clima más favorable para la verdad y trabajando para que un clima de verdad haga razonable y

fructífera la mediación.

4.6 Al terminar este trabajo queremos recordar lo que decíamos en la introducción. Todo lo escrito pudiera parecer ingenuidad. Nadie sabe si la mediación es una posibilidad real y si el trabajar por ella es ilusorio. Si lo miramos, sin embargo, con lo ojos de la utopía cristiana la mediación puede ser una realidad y, en cualquier caso, las actitudes y valores que deben acompañar el trabajo por ella pueden desencadenar muchas cosas positivas. Recordar hoy la urgente necesidad de solución, la necesidad de racionalidad, al servicio de la cual puede estar el poderío de lo militar, pero no a la inversa, la necesidad de sumar las fuerzas, la necesidad de sembrar semillas de reconciliación, la necesidad de mantener la esperanza de un pueblo sufriente, la necesidad de hablar la verdad y de disponer canales adecuados para ello, la necesidad en fin de que sea en verdad el bien de las mayorías pobres y oprimidas lo que se busca, recordar todo esto y trabajar por ello nos parece hoy una forma de hacer presente la utopía cristiana.

Todos estos valores y actitudes son siempre importantes, pero más lo son hoy. La Iglesia debe propiciarlos para que la mediación sea posible como solución y porque la mediación puede ser una forma histórica de desencadenarlos. Si no se llega a la mediación, quedará el fruto de ese trabajo utópico de la Iglesia. Si la forma de solución tomara otros rumbos deberá integrar de una u otra forma los valores que aquí hemos descrito, para ser verdadera solución.

Como se ha dicho tantas veces, la forma de la utopía cristiana es la de esperanza contra esperanza. Lo primero indica lo positivo de la visión cristiana de la historia; lo segundo su dificultad. Lo que la Iglesia debe hacer hoy es transformar la ingente dificultad en estímulo y acicate para trabajar en favor de la esperanza. Si la Iglesia lo hace, si ayuda a que muchos otros también lo hagan, habrá ayudado al país y habrá sembrado al menos las semillas para que el proceso del país se encamine a la liberación de los pobres y oprimidos.

Citemos una vez más para terminar las palabras de Mons. Romero, a quienes algunos le han tildado de ingenuo, pero quien fue una de las mejores expresiones de la utopía cristiana. Veamos en estas palabras que pronunció en uno de los tantos callejones sin salida en que le tocó vivir una premonición de lo que pudiera ocurrir si no hay solución política eficaz y una muestra de su esperanza:

"Creo, hermanos, que podemos tener todavía una salida a la paz y a la justicia sin tener que pagarla con tanta sangre como sería una insurrección que vendría cuando ya se han agotado todos los medios pacíficos. Todavía no se han agotado. Yo creo que estas manifestaciones de organizaciones y este ofrecimiento de una plataforma común nos están invitando

a colaborar con un espíritu generoso, magnánimo, a reconstruir nuestra patria, no amasada con sangre la reconstrucción, sino amasada con razón, con fe, con esperanza cristiana, como la puede hacer un pueblo auténticamente salvadoreño"(23.9.1979).

28 de mayo de 1981.

